

que dijo á doña Inés y á su mujer no os lo puedo contar, porque nunca lo he sabido.

»Entretanto, no acabando todavía de conocer que don Baltasar se burlaba cruelmente de mi sinceridad, salí de la casa echándole mil maldiciones, y me fuí derecho á la plaza, donde había dicho á Lamela que me aguardase. No le hallé, porque el bribón tenía también su poco de trapillo y con suerte más dichosa que la mía. Mientras le aguardaba vi á mi falso confidente venir hacia mí con rostro muy alegre y mucho desembarazo. Luego que llegó á mí me preguntó cómo me había ido con mi ninfa en casa de doña Inés.

— »No sé qué demonio, le respondí, envidioso de mis gustos, me vino á echar un jarro de agua en todos ellos. Mientras estaba á solas con ella, instando y suplicando, llamó á la puerta su maldito marido, á quien lleve Barrabás. Me fué preciso pensar en el modo de retirarme prontamente, y así me marché por una puerta excusada, dando mil veces al diablo al grandísimo importuno que viene siempre á desbaratar mis designios.

— »A la verdad lo siento, repuso don Baltasar, alegrísimo en su interior de verme desazonado. Ese es un marido molesto, que no merece que se le dé cuartel.

— »¡Oh!, en cuanto á eso, repliqué yo, no dudéis que seguiré vuestro consejo. Os doy palabra de que esta misma noche se le dará pasaporte para el otro barrio. Su mujer, al separarnos, me dijo que fuese adelante con mi empeño y no abandonase la empresa por tan pocas cosas; que prosiguiese en acudir á su ventana á la hora acostumbrada, porque estaba resuelta á introducirme ella misma en su casa; pero que en todo caso no dejase de ir escoltado con dos ó tres camaradas, para que en cualquier lance me hallase bien prevenido.

— »¡Oh, qué prudente es esa dama!, me respondió él. Yo me ofrezco desde luego á acompañaros.

— »¡Oh, querido amigo, repliqué yo fuera de mí de puro gozo y echándole los brazos al cuello, y de cuántas finezas os soy deudor!

— »Aún haré más por vos, repuso él; yo conozco á un mozo que es un Alejandro; éste nos acompañará, y con tal escolta podréis divertirlos á vuestro gusto sin sobresalto ni contratiempo.

»No hallaba voces para explicar mi agradecimiento á los favores de aquel nuevo amigo: tan encantado me tenía su celo. Acepté en fin el auxilio que me ofrecía, y dándonos el santo para cerca de la puerta de Violante á la entrada de la noche, nos separamos. Don Baltasar fué á buscar á su cuñado, que era

el Alejandro de quien me había hablado, y yo me quedé paseando con Lamela, el cual, aunque no menos admirado que yo de la eficacia con que don Baltasar se interesaba en este asunto, cayó también en la red como yo había caído, sin pasarle por el pensamiento la menor desconfianza de la sencillez de aquellas finezas. Confieso que una simplicidad tan garrafal no se podía perdonar á hombres como nosotros. Cuando me pareció que era hora de presentarme á la ventana de Violante, Ambrosio y yo nos acercamos á ella, bien prevenidos de buenas armas. Hallamos en el mismo sitio al marido de la dama, acompañado de otro hombre, que nos esperaban á pie firme. Llegóse á mí don Baltasar y me dijo:

— »Este es el caballero de cuyo valor hablamos esta mañana. Entre usted en casa de esa señora y disfrute su dicha sin recelo ni inquietud.

»Acabados los recíprocos cumplimientos, llamé á la puerta de mi ninfa y vino á abrirla una especie de dueña. Entré sin advertir lo que pasaba á mis espaldas, y llegué hasta una sala donde Violante me esperaba. Mientras la estaba saludando, los dos traidores, que me siguieron hasta dentro de la casa, habían entrado en ella tan atropelladamente y cerrado tras de sí la puerta con tanta violencia, que el pobre Ambrosio se quedó en la calle. Descubriéronse entonces, y ya podéis imaginar el apuro en que yo me vería. Bien se deja conocer que fué forzoso entonces llegar á las manos. Acometiéronme los dos al mismo tiempo con las espadas desnudas, y yo les correspondí dándoles tanto que hacer, que se arrepintieron presto de no haber tomado medidas más seguras para la venganza. Pasé de parte á parte al marido; y el cuñado, viéndole en aquel estado, tomó la puerta, que Violante y la dueña habían dejado abierta al escaparse mientras nosotros reñíamos. Fuíle siguiendo hasta la calle, donde me reuní con Lamela, que, no habiendo podido sacar ni una sola palabra á las dos mujeres que había visto ir huyendo, no sabía precisamente á qué atribuir el rumor que acababa de oír. Volvimos á la posada, y recogiendo lo mejor que teníamos, montamos en nuestras mulas y salimos de la ciudad antes que amaneciese.

»Conocimos muy bien que el lance podía tener malas resultas y que se harían en Toledo pesquisas contra las cuales sería imprudencia no tomar todo género de precauciones. Hicimos noche en Villarrubia, en un mesón, en donde á poco rato entró un mercader de Toledo que caminaba á Segorbe. Cenamos con él y nos contó el trágico suceso del marido de Violante, mostrándose tan ajeno de sospecharnos reos en él, que con libertad le hicimos toda suerte de preguntas.

—»Señores, nos dijo, el caso lo supe esta mañana al ir á montar á caballo; se hacen grandes diligencias para hallar á Violante, y me han asegurado que, siendo el corregidor pariente de don Baltasar, está en ánimo de no perdonar medio alguno por descubrir los autores del homicidio. Esto es todo lo que sé.

»Aunque nada me espantaron las pesquisas del corregidor de Toledo, no obstante tomé desde luego la determinación de salir cuanto antes de Castilla la Nueva, haciéndome cargo de que, si hallaban á Violante, confesaría ésta cuanto había pasado y daría tales señales de mi persona, que la justicia despacharía rápidamente varias gentes en mi seguimiento. Por todas estas consideraciones resolvimos desviarnos del camino real desde el día siguiente. Tuvimos la fortuna de que Lamela había corrido las tres cuartas partes de España y tenía bien conocidas todas las sendas extraviadas por donde podíamos pasar con seguridad á Aragón. En vez de irnos derechos á Cuenca, nos metimos en las montañas que están antes de llegar á la ciudad, y por senderos muy practicados por mi conductor, llegamos á una gruta que tenía toda la apariencia de ermita. Con efecto, era la misma adonde ayer noche llegaron ustedes á pedirme que los recogiese.

»Mientras estaba yo examinando sus contornos, que me representaban un país deliciosísimo, me dijo mi compañero:

—»Seis años ha que, pasando yo por aquí, me hospedó caritativamente en esta ermita un anciano y venerable ermitaño, que repartió conmigo los escasos víveres que tenía. Era un santo varón y me dijo cosas tan santas y tan buenas, que faltó poco para que yo dejase el mundo. Acaso vivirá todavía y quiero ver si es así.

»Dicho esto, se apeó de la mula el curioso Ambrosio, y entrando en la ermita, después de haberse detenido en ella algunos momentos, salió diciéndome:

—»Apeaos, don Rafael, y venid á ver un espectáculo muy tierno.

»Eché pie á tierra inmediatamente, y arrendando nuestras mulas á un árbol, seguí á Lamela hasta la gruta, donde entré y vi tendido en vil tarima á un viejo anacoreta, pálido y moribundo. Pendía de su venerable rostro una plateada barba, tan poblada y larga que le llegaba hasta la cintura, y tenía en las manos juntas entrelazado un gran rosario. Al ruido que hicimos cuando nos acercamos á él, entreabrió los ojos, que la muerte había comenzado ya á cerrar, y después de habernos mirado un momento, nos dijo:

—»Hermanos míos, seáis quienes fuereis, aprovechaos del espectáculo que se ofrece á vuestra vista. Cuarenta años he vivido en el mundo y setenta en

esta soledad. ¡Ah, y qué largo me parece ahora el tiempo que dediqué á mis deleites, y al contrario, qué corto el que he consagrado á la penitencia! ¡Ah! Mucho temo que las austeridades del hermano Juan no hayan sido bastantes para expiar los pecados del licenciado don Juan de Solís.

»Apenas dijo estas palabras cuando expiró, y los dos nos quedamos atónitos á vista de su muerte. Tales objetos siempre hacen alguna impresión hasta en los mayores libertinos; pero duró poco nuestra conmoción, porque olvidamos presto lo que acababa de decirnos. Comenzamos á hacer inventario de todo lo que había en la ermita, en lo que no tardamos mucho tiempo, pues todos los muebles consistían en lo que habéis podido ver en ella. No sólo la tenía el hermano Juan mal amueblada, sino que hasta la despensa estaba mal provista. Todas las provisiones que hallamos se reducían á unas pocas avellanas y algunos mendrugos de pan casi petrificados, que á la cuenta no habían podido mascar las despobladas encías del santo varón: digo despobladas, porque observamos que se le había caído la dentadura. Todo lo que contenía esta morada solitaria y todo lo que veíamos nos hacía mirar á aquel buen anacoreta como á un santo. Una sola cosa nos llamó la atención: hallamos un papel plegado en forma de carta, que el difunto había dejado sobre la mesa, en el cual encargaba á quien lo leyese que llevase su rosario y sus sandalias al obispo de Cuenca. No acabamos de entender con qué intención había podido aquel nuevo padre del desierto desear que se hiciese á su obispo semejante regalo. Olfanos esto á falta de humildad, ó á cierto hipo de ser tenido por santo. Pero ¿quién sabe si sólo fué un si es no es de tontería? Es punto que no me meteré á decidir.

»Hablando de ello Lamela y yo, le ocurrió á aquél un extraño pensamiento.

—»Quedémonos, me dijo, en esta ermita, y disfracémonos de ermitaños. Enterremos al hermano Juan. Tú pasarás por él, y yo con el nombre de hermano Antonio iré á pedir limosna por los lugares y aldeas del contorno. De esta manera, no sólo estaremos á cubierto de las pesquisas del corregidor, que no creo pueda pensar en buscarnos aquí, sino que espero lo pasaremos bien, en virtud de los conocimientos que tengo en la ciudad de Cuenca.

»Aprobé este extraño pensamiento, no ya por las razones que Ambrosio me alegaba, sino por un rasgo de extravagancia y como para representar un papel en una pieza de teatro. Abrimos, pues, una sepultura á treinta ó cuarenta pasos de la gruta, y enterramos en ella modestamente al anacoreta, después de haberle despojado de su hábito, que consistía en una sola túnica ceñida al

cuerpo con una correa de cuero, y le cortamos también la barba para hacerme con ella á mí una postiza; en fin, hechos los funerales, tomamos posesión de la ermita.

»Pasámoslo muy mal el primer día, viéndonos precisados á mantenernos solamente de la triste provisión que nos había dejado el difunto; pero el día siguiente antes de amanecer salió Lamela á campaña con las dos mulas, que vendió en Cuenca, y por la noche volvió cargado de víveres y de otras cosillas que había comprado. Trajo todo lo que era menester para disfrazarnos bien. Hizo para sí una túnica ó hábito de paño pardo y una barbilla roja de crines, la que se supo acomodar con tal arte, que parecía natural. No hay en el mundo mozo más mañoso que él. Arregló también la barba del hermano Juan, ajustómela á la cara, y púsome en la cabeza un gran gorro de lana oscura, que contribuía mucho para disimular el artificio. Se puede decir que nada faltaba para nuestro disfraz. Hallámonos los dos en este ridículo equipaje, de manera que no podíamos mirarnos sin reírnos, viéndonos en traje que ciertamente no nos convenía. Con la túnica del hermano Juan heredé también su rosario y sus sandalias, que no hice escrúpulo de apropiarme en vez de regalárselas al obispo de Cuenca.

»Hacía tres días que estábamos en la ermita sin haber visto en todos ellos alma viviente; pero al cuarto entraron en la gruta dos aldeanos que traían al difunto, creyendo que estuviese todavía vivo, pan, queso y cebollas. Luego que los vi me eché en mi tarima, y me fué fácil alucinarlos, fuera de que ellos no podían distinguirme bien por la escasa luz de la ermita, y procuré imitar lo mejor que pude la voz del hermano Juan, cuyas últimas palabras había oído; de manera que los pobres hombres no tuvieron la menor sospecha de aquella superchería, y sí sólo mostraron alguna admiración de hallarse en la gruta con otro ermitaño. Pero advirtiéndolo el socarrón de Lamela, les dijo con cierto aire hipocritón:

— »No os admiréis, hermanos, de verme á mí en esta soledad. Estaba yo en una ermita de Aragón y la he dejado por venir á acompañar al venerable y discreto hermano Juan y asistirle en su extrema vejez, considerando la necesidad que tendría en ella de este alivio.

»Los aldeanos prorrumpieron en infinitas alabanzas de Ambrosio, ensalzando hasta el cielo su heroica caridad, y dándose á sí mismos mil parabienes por la dicha de tener dos hombres santos en su país.

»Había comprado Lamela unas grandes alforjas, y cargado con ellas partió por la primera vez á dar principio á la cuestación en la ciudad de Cuenca,

que sólo dista una legua corta de la ermita. Como la naturaleza le ha dotado de un exterior devoto y compungido, y además de eso posee en supremo grado el arte de hacerlo valer, no dejó de mover el corazón de las personas caritativas á darle limosna, y así en poco tiempo llenó las alforjas de los dones de su liberalidad.

— »Amigo Ambrosio, le dije cuando volvió á la ermita, te doy el parabién del admirable talento que tienes para ablandar y enternecer las almas cristianas. ¡Vive diez que parece que has ejercitado por muchos años el oficio de mendicante capuchino!

— »Algo más he hecho, me respondió, que hacer abundante cosecha, porque has de saber que he encontrado á cierta ninfa llamada Bárbara, que fué algo mía en otro tiempo. La he hallado bien mudada, pues se ha dado como nosotros á la devoción. Vive con otras dos ó tres beatas que edifican al mundo en público y hacen una vida muy diferente en casa. Al principio no me conocí, tanto que me vi obligado á decirle: «¿Cómo así, señora Bárbara? ¿Es posible que ya desconozcáis á uno de vuestros antiguos amigos y vuestro humilde servidor Ambrosio? — Por vida mía, amigo Lamela, respondió Bárbara, que jamás podía soñar el verte vestido con ese traje. ¿Por qué diablos de aventura has venido á parar en ermitaño? — Eso es cosa larga, le respondí, y ahora no puedo detenerme á contárosla; pero mañana á la noche volveré y satisfaré vuestra curiosidad. También vendrá conmigo mi compañero el hermano Juan. — ¿Qué hermano Juan?, replicó ella: ¿aquel viejo y buen ermitaño que vive en una ermita cerca de esta ciudad? Tú no sabes lo que te dices, pues se asegura que tiene más de cien años. — Es verdad, le respondí, que en otro tiempo tuvo esa edad; pero de pocos días á esta parte se ha remozado tanto, que no soy yo más mozo que él. — Pues bien, repuso Bárbara, siendo eso así, que venga contigo: sin duda que en eso se oculta algún misterio.»

»No dejamos de ir al día siguiente, luego que fué noche, á casa de aquellas santurronas, que para recibírnos mejor nos tenían prevenida una gran cena. Así que entramos en su casa, nos quitamos las barbas postizas y el hábito eremítico, y sin ceremonia nos presentamos á aquellas princesas tales cuales éramos; y ellas, por no parecer menos francas que nosotros, nos mostraron de cuánto son capaces las falsas devotas cuando arriman á un lado las gazmoñerías de la aparente devoción. Pasamos casi toda la noche á la mesa, y no nos retiramos á nuestra gruta hasta poco antes de amanecer. Repetimos presto la visita, ó más bien dicho, seguimos el mismo método por espacio de tres meses, y gastamos con aquellas ninfas más de los dos tercios de nuestro caudal;

pero cierto celoso lo ha descubierto todo, dando parte á la justicia, la cual debía hoy ir á la ermita á echarnos mano. Ayer, mientras Ambrosio hacía su cuestación en Cuenca, una de las beatas le entregó un billete, diciéndole:

— »Una amiga mía me escribe esta carta que iba á enviaros con un propio. Muéstrsela al hermano Juan, y tomen sus medidas en informándose de su contenido.

»Este es, señores, aquel mismo billete que Lamela me entregó ayer en vuestra presencia, y el que nos obligó á abandonar tan precipitadamente nuestra solitaria habitación.»

CAPÍTULO II

De la conferencia que tuvieron don Rafael y sus oyentes, y de la aventura que les sucedió al querer salir del bosque

Luego que acabó don Rafael de contar su historia, que me pareció algo larga, don Alfonso le dijo, por cortesía, que verdaderamente le había divertido mucho. Después de este cumplido, tomó la palabra el Sr. Lamela, y volviéndose al compañero de sus hazañas, le dijo:

— Don Rafael, el sol está ya para ponerse, y me parece del caso que tratemos del partido que hemos de tomar.

— Dices bien, respondió su camarada; es menester pensar adónde hemos de ir.

— Yo, continuó Lamela, soy de parecer que sin perder tiempo nos pongamos en camino y procuremos llegar esta noche á Requena, para entrar mañana en el reino de Valencia, donde pondremos en movimiento los registros de nuestra industria. Siento acá dentro de mi corazón no sé qué presagio de que daremos golpes magistrales.

Don Rafael, que sobre estos asuntos tenía gran fe en sus pronósticos infalibles, accedió luego á su opinión. Don Alfonso y yo, como nos habíamos puesto en manos de aquellos dos hombres de bien, esperamos sin hablar palabra el resultado de aquella conferencia.

Resolvióse, pues, que tomásemos la vuelta de Requena, y nos dispusimos todos para ello. Hicimos una comida como la de la mañana, y después cargamos el caballo con la bota de vino y lo restante de las provisiones. Sobreviniendo la noche, de cuya lobreguez teníamos necesidad para caminar seguros,